

miseria ó por otras causas al tráfico más degradante. Según mis noticias, era una dama de principios no muy severos, y nada más. Muerto el poeta, parece natural que *Jarifa* cultivase su recuerdo, y se explica que las memorias nublasen á veces su frente empalidecida, según asegura Miguel de los Santos Alvarez:

«¡Ah! no, pobre Jarifa; si te miro,  
Tus ojos hablan de él, de la amargura  
De su voz, es el eco tu suspiro,  
Su loco amor revive en tu hermosa»

Una misma pena, una misma añoranza  
hace asociarse á la antigua querida y al  
fiel é inconsolable amigo:

«¡En ti le encuentro yo, Jarifa mía!  
¡En ti le encuentro yo, yo que le lloro,  
Con más dolor del alma cada día,  
Y hago de su recuerdo mi tesoro!»

No quisiera insistir sobre la parte escabrosa que deja adivinar la canción á *Jarifa* de Miguel de los Santos Alvarez, tan semejante en factura y tan inferior en electricidad y en febril y delirante pesimismo á la de Espronceda; y, sin em-

bargo, juzgo que el lazo duradero entre la amante y el discípulo del poeta, es una nota profundamente humana y una curiosa transformación de sentimientos. Para el discípulo y entusiasta admirador, la mujer que dió á Espronceda algunas horas de calentura y de abatimiento amargo, la que le arrancó requiebros é insultos, la que le envenenó con celos, tenía un prestigio análogo al de las ex-favoritas de Luis XIV y Luis XV para los nobles franceses. Y á su vez, para *Jarifa*—cansada ya de vulgares y necias aventuras; refinado el gusto por el trato con el poeta,—debió de ver que Alvarez era la continuación del *avatar de Apolo*: la transmigración del antojadizo, el soñador, el neurósico, el loco, el gran idealista á quien ninguna mujer echa en olvido. ¡Lindo caso para estudiado por Bourget!

Quizá se consideren ajenas á la historia literaria propiamente dicha estas intimidades y digresiones; á mí me parecen, en el caso especial de Miguel de los Santos Alvarez, más significativas que sus mis-

mos escritos. Y no es que no los admire. Miguel de los Santos Alvarez, como literato, tiene cualidades propias, y especialmente posee algo de rara valía, sobre todo en naciones perezosas y descuidadas: *una frase*. En España, una frase vale por cien tomos de sólida y razonada lectura. Aprendida en un segundo; aplicable á los infinitos casos de la conversación familiar, una frase salva á un literato del olvido para siempre. Un periódico lo expresa con suma exactitud: "A lo mejor, entre un curioso y un enterado, entablábase este diálogo:—¿Quién es ese viejo de la capa azul?—Don Miguel de los Santos Alvarez.—No acaba de sonarme...—*¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!*—¡Ya! No sigas..." La juvenil ironía del poeta salvando de la obscuridad al literato ya provector; una generación transmitiendo á otra siete palabras que son la inmortalidad...

Hay poetas eternamente desposados con la belleza. Homero es de todas las épocas: la despedida de Héctor y Andró-

maca vibrará siempre en el corazón humano. Otras naturalezas movibles, lirás que se estremecen al soplo del viento que pasa, son el verbo de una hora; encarnan un pasajero estado del alma colectiva. De estos últimos fué Espronceda, y de éstos también, en su esfera y límite, Miguel de los Santos Alvarez. Nacido en otro siglo, es probable que cantase pastoriles endechas, ensalzando la escondida gruta de Venus, cubierta de musgo y laurel, donde en transparente lago revuelan los cisnes y zumban las abejas en torno del panal hibleo... Sin encerrarnos en la teoría del medio ambiente, al estudiar las épocas literarias hay que reconocer su rico fondo de verdad. Si la naturaleza es permanente, el espíritu varía y se transforma de tal modo, que Garcilaso y Espronceda, mano á mano y hablando un castellano idéntico en construcción y apenas modificado en giros y voces, no se entenderían.—La época se diversifica y arrastra el individuo en su corriente profunda y poderosa. Ved los poetas ro

mánticos: diríase que nacieron en la misma cuna, que mamarón la misma leche, que cursaron en las mismas aulas, que bebieron en la misma copa y que lloraron las mismas lágrimas por iguales desengaños. Y, sin embargo, los unos respiran la húmeda niebla del Támesis, los otros cortan con patin el hielo del Neva ó del Volga, éste brinda con el dorado néctar de la Champaña, aquél liba en Madrid Jerez añejo: no se conocen, no se tratan, quizá no se han leído; se llaman Byron, Puchkine, Musset, Espronceda, —sin hablar de la pléyade secundaria, entre la cual figura Miguel de los Santos Alvarez.

Enfermos del mal del siglo, tienen la nota común del pesimismo y la blasfemia: pero aquí ya recobra el individualismo sus derechos. No todos los románticos expresan de igual modo su pesimismo: en Byron y Puchkine tiene alcance filosófico (casi tanto como en Madama Ackermann); en Musset y Espronceda —y lo mismo en Alvarez — es humorístico

principalmente. Los que hemos leído mucho á Musset, creemos algunas veces oírle hablar por boca de Alvarez — con menos aticismo, con menos elegancia, con forma muy inferior, con desdén menos irónico, — pero con igual antojadiza originalidad, con la propia versatilidad infantil; pasando del llanto á la carcajada; de la melancólica actitud de *reverie* á la mueca del pilluelo ó al brinco del payaso; de la efusión erótica al escepticismo sexual; de la frase poética al negligente prosaismo. Este relampagueo y chisporroteo no basta para elevarse á las alturas del Parnaso y sostenerse en ellas; pero sí para encaramarse un minuto y que los contemporáneos aplaudan. — Por eso Miguel de los Santos Alvarez es y será perpetuamente el autor de una octava famosa del poema *Maria*, puesta por Espronceda al frente del desgarrador *Canto á Teresa*. Ni más ni menos. Y basta.

Extinguida la chispa, queda en Miguel de los Santos Alvarez un versificador duro, sin armonía, fatigoso y difícil de

leer. En prosa vale más, aunque no cabe asentir á los desmedidos elogios que obtuvo su novela ó cuento *La protección de un sastre*. Y no es que, para juzgar esta novelita y los demás *Cuentos en prosa* de Miguel de los Santos Alvarez, me suba á la tribuna del exigente crítico que ha visto en nuestros días florecer la novela y producir algunas que bien se pueden considerar obras maestras: no; yo juzgo *La protección de un sastre* colocándome en la misma época en que vió la luz, y digo que ni á los buenos cuentistas españoles antiguos, ni á los modernos franceses (modernos les llamo dentro del período romántico) se acerca Alvarez en *La protección de un sastre*, que me parece, en cierto respecto, inferior á otro cuentecillo suyo, *Amor paternal*. He visto, no recuerdo en qué artículo necrológico, comparado á Alvarez con Diderot. ¡Diderot! Hay favores que aplastan. Si comparasen á Miguel de los Santos Alvarez con Alfonso Karr, sería mejor para el simpático *alter ego* de Espronceda.

Nadie puede disputar á Miguel de los Santos Alvarez el dictado de *ingenio*, con que en el siglo xvii se honraban los buenos y atildados escritores. Que fué un *ingenio*, en el sentido más culto y social de la palabra, lo prueban tantas discreciones y donaires suyos como estos días de su muerte han recordado los periódicos, fundándose en un amenísimo artículo de *El Heraldo*, donde los recopilaba hace un año justo, Salvador López Guijarro, cariñoso amigo del muerto. Por este artículo conocemos las humorísticas, é inofensivas ideas de Miguel de los Santos Alvarez. Sabemos que fué deísta y espiritualista, creyendo *sin razonar* en la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; por donde se ve que, á pesar de la octava terrible del poema *Maria*, no era tan fiero el león. Sabemos asimismo que Alvarez defendía con discretas paradojas la fiesta nacional, los ejércitos permanentes, la inconstancia amorosa y el régimen seco. Algunas de esas humoradas en prosa me renuevan la me-

moria de Alfonso Karr y de un tiempo en que los literatos no querían que se les confundiese con los burgueses ó *philistins*. Hoy nos da por lo contrario: por no hacer nada absolutamente que parezca *shocking* al honrado mercader ó al grave senador vitalicio. Si los de la generación actual preparásemos una tina de agua templada, en el rigor del verano, para bañar la tercera parte del bastón, alegando que la frescura absorbida por el palo es suficiente refrigerio, en el acto nos aplicarían la temible calificación de *chiflados*, y con tal estigma nos inhabilitarían. Al presente no hay más remedio que vivir en prosa, en serio, en vulgar, con muchísimas facultades atrofiadas y ocultando la fantasía como se oculta una llaga vergonzosa.

Nos dice también López Guijarro que Alvarez condenaba severamente el suicidio, lo cual, en tan resuelto pesimista, tiene doble valor. "Nada de matarse," decía—"nada de ofender á Dios." No dijera más un carmelita. No sin razón llama á Al-

varez buen cristiano el autor del artículo.

Frases de Miguel de los Santos Alvarez han corrido varias, ya impresas, ya de boca en boca. En España—contra la opinión de los franceses, que se creen muy chispeantes y nos creen á nosotros atontolinados ó tiesos y acartonados en nuestra hidalguía—se derrocha gracia y *vis cómica* en la conversación; lo que aquí escasea es la obra sólida, hija del esfuerzo perseverante. Miguel de los Santos Alvarez, solicitado y halagado por la sociedad, comensal en muchas mesas aristocráticas, llevaba á ellas la sal de sus oportunos ~~de~~deires. Lo que sucede es que esas agudezas no resisten el embotellado. Son flores de una hora, y al prensarlas entre papel, pierden el color, la forma y la frescura. Apenas me atrevo á recordar alguna de esas ocurrencias, y temo que parezca sosa.—Para encarecer hasta dónde arrastra la pasión de los celos, Alvarez solía referir que cierta señora amiga suya poseía un loro favorito, muy mimado. Notó el poeta que el loro le miraba de

rejo al observar que menudeaba las visitas; cierta tarde, habiéndose quedado dormido Miguel de los Santos Alvarez sobre un sofá, le despertó un ruido como de pasos, y vió al loro, que, erizado de plumas, brincando sobre una patita y afianzando en la otra agudo cuchillo, se dirigía á matarle.

Las últimas agudezas de Miguel de los Santos Alvarez versaron sobre su próxima muerte. Como sucede á toda persona de imaginación viva, la idea de la nada revestía en su cerebro espantable forma, y desde las primeras decadencias físicas se vió morir, aunque sus achaques fuesen tan sólo los inevitables de la edad. En el entierro de Hartzzenbusch decía melancólico: "Vengo de imaginaria,, dando á entender que, al irse el autor de *Los amantes de Teruel*, le correspondía seguirle inmediatamente. La imaginaria duró, no obstante, largos años. Hace pocos días, al preguntarle los amigos, "¿Qué se hace V., don Miguel?,, contestaba: "¡Yo no me hago... me deshago!,,

No es cierto que, al morir éste hombre, desaparece lo último que ya quedaba en pié de un período lleno de luz, armonía y bélico estruendo literario. Nos queda Zorrilla, y esperamos que dilatados años permanezca; además, Zorrilla representa el romanticismo español, genuino y neto, pues el de Alvarez tenía sabor traspirenaico. Así y todo, entristece su falta, como entristecería la caída de un viejo lienzo de pared que enriqueciese alguna gótica crestería ó algún arco ojival. Lo más penoso de tales derrumbamientos, es que nunca falta quien exclame: "¡Ah! ¡Se ha muerto Don Miguel de los Santos Alvarez! Pero, ¿vivía aún?,,

No quiero olvidar una nota curiosa. Miguel de los Santos Alvarez, el blasfemo, el escéptico, ofició de Papa, canonizando á un beato; al protestar contra los que convierten en apellido su nombre de pila, llama santo al extático de Valladolid. Ignoro si ha ratificado Roma esta canonización.